

car la línea de la fidelidad a la Misión, seguida por la Compañía, más allá de los avatares históricos y eclesiales que la perturbaron en momentos concretos.

Quizás pueda ayudar, como resumen final, descubrir la unidad que mantiene la obra entera, a partir de su objetivo fundamental: resaltar la centralidad de la Misión en la persona de Ignacio y en la Compañía de Jesús, contemplada desde tres perspectivas bien distintas, pero complementarias entre sí:

- una perspectiva documental, en la que se nos pone en contacto con abundantes textos ignacianos, que apoyan sólidamente la tesis de Ignasi;
- una perspectiva teológico-espiritual, que profundiza en la comprensión de esos textos y de la praxis misma de Ignacio y de la Compañía. Es el sentido de Misión, como capaz de configurar un gran carisma y un sólido cuerpo apostólico lleno de vida;
- y, finalmente, una perspectiva histórica, presente sobre todo en el arranque del libro con la figura de Ignacio, y al final, en la historia de la Compañía.

El resultado es la clara convergencia de estas tres perspectivas, que se percibe en las siete grandes conclusiones que el P. Ignasi saca de su trabajo. La Misión lo explica todo en el jesuita: desde su más profunda vida espiritual hasta su continuo gastarse y desgastarse por llevar adelante la Misión recibida del Señor Jesús, a través de su Iglesia.—JESÚS CORELLA, S.J.

J. L. H. THOMAS, *En busca de la seriedad* (Ed. Encuentro, Madrid 2002), 158 pp. ISBN: 84-7490-647-4.

¿Un libro o unos cuadernos filosóficos?... Poco importa si nos centramos en el interesante y denso contenido con el que, este filósofo inglés que ha decidido escribir en francés porque le resulta una lengua más conveniente al tema, y porque de existir algún predecesor de su búsqueda, éste es francés, va a deleitar a nuestro pensamiento más puro.

Cada página de este libro contiene varias definiciones de lo que es y lo que no es la seriedad, de lo que concluimos ya con él, en que el título de la obra es muy cierto. La seriedad no se define, no se teoriza, incluso ni siquiera se encuentra, la seriedad, se busca. J. L. H. Thomas ha trazado una hoja de ruta para buscarla. Una vez que te has atrevido a hacer todo el trayecto con él, te sientes obligado a afirmar que «la seriedad seguirá siendo siempre lo propio del filósofo: su pasión, su privilegio y su esfuerzo». Pero para llegar hasta esta última afirmación del texto debes vértelas con muchos meandros y recovecos que Thomas decide recorrer a través de lo que podemos llamar una búsqueda indirecta. Su modo de proceder en el razonamiento se explicita en el análisis de todo lo que se presenta como *opuesto* a la seriedad y sobretodo de lo que el da en llamar los *complementos* de la misma en los distintos campos en los que la busca.

El autor comienza su búsqueda con lo que él llama «preparativos filosóficos» en los que después de compartir con el lector los sentimientos y experiencias que le han llevado a zambullirse en esta insólita búsqueda, comienza con cierto tono crítico la exposición de sus predecesores filósofos supuestos buscadores de la seriedad. Supuestos porque a partir de aquí y aunque continúan presentes en su obra como in-

troductores de sus réplicas, Thomas decide que ninguno puede serle útil en su búsqueda y por tanto ésta es una batalla que librará en soledad. Con todo, estarán bastante presentes Kierkegaard, Descartes, Nietzsche, Rousseau, Sartre y Simone Weill especialmente cuando aborda el tema en el ámbito de la religión.

Una vez expuestos los preparativos filosóficos, el autor decide que la seriedad y la no seriedad pueden quizás encontrarse en la epistemología por la implicación evidente que debe tener el conocimiento en éste ámbito. Y aparecen los primeros complementos que en el caso de la epistemología Thomas sitúa en lo fingido imponiéndose la obligación de distinguirlo de lo imaginado, lo ficticio y lo falso. De estos complementos concluye que lo fingido procede de la ficción y ésta cabe bajo la forma de la broma que tiende a la comedia y el engaño que es falta de honradez. Por tanto desde la epistemología, lo fingido y con ello lo serio a que sirve de aproximación, compete a la ética y la estética, no a la epistemología.

Y así, enviados por la epistemología llegamos al dominio estético. Y él mismo se impone la cuestión de cómo el complemento estético de lo serio puede ser la cómico. Para responder se sirve de Bergson, autor de *La risa*. Según Thomas, Bergson confunde la risa con la burla, la irrisión y la frivolidad; pero acierta al decir que lo cómico y la risa no son naturales, sino que se aprenden y suponen un marco social. Entre las expresiones de lo cómico, el autor se adentra en la que él considera la más querida, que es lo cómico artístico o la comedia. Y así lo cómico de la vida nos llega por lo cómico del arte y hemos vuelto al campo estético. El autor va a servirse de la situación teatral como tal para señalar cual es el secreto de la comedia: los dos componentes esenciales de lo cómico son la ambivalencia y la oblicuidad, que cobran en el teatro formas más particulares del equívoco o pluralidad de sentido y la alusión o sugerencia de sentido. No es la comedia en cuanto arte la residencia de lo serio. Tras una pequeña incursión en la tragedia, la literatura y la pintura decide que tampoco estos géneros son su morada. Y para terminar el rodeo estético aborda el mundo de la música a la que considera la rama más seria del arte. La música nos pone serios, nos lleva a entrar en un estado de recogimiento y pensativo, pero esa seriedad no es propia de la música y apunta más bien a algo más allá de todo arte. Conclusión: no debemos hablar ni de un sentimiento serio ni de una seriedad estética. Incluso el arte más serio no puede contentar a un alma seria que busca la seriedad. Es mas, tomado demasiado en serio el arte deja pues, de ser ficticio y se vuelve falso. Esta conclusión no le impide reconocer que son los artistas más grandes y más puros, los que han padecido la tentación del arte demasiado en serio, y esto generalmente hacia el final de su carrera, como si tampoco ellos, de entre los artistas serios, hubieran podido a la larga contentarse sólo con el arte y finalmente tuvieran que reconocer que lo que buscaban se hallaba en otra parte. El arte puede darnos un presentimiento de lo serio, mas no lo serio mismo.

Después de terminar la etapa del rodeo estético preguntándose si no se habrá propuesto con esta búsqueda un ideal inaccesible opta por una aproximación ética ya anunciada al finalizar el obstáculo epistemológico. Sin dar rodeos observa la oposición de pensadores recientes, como los existencialistas franceses, al considerar que la seriedad se encuentra en el dominio ético, ya que acusan a ésta de ser burguesa, sedentaria, rígida, cobarde, infantil, inauténtica y fuente de todo fanatismo. Para no perderse, se centra en el análisis y la crítica de *El Ser y la Nada* de Sartre que aborda en tres ocasiones la seriedad. Según el autor, los existencialistas y entre ellos Sartre asimilan demasiado fácilmente al serio con el conformista o convencional que no

hace un buen uso de la libertad que debe ser puesta al servicio de una causa. Como no basta polemizar con los existencialistas, Thomas dirige una tortuosa y complicada búsqueda hacia aquel que puede servirnos de complemento. No es ni la nada, ni lo ficticio, ni lo fingido ni lo imaginario de la ética, puesto que esto equivaldría a lo falso según lo visto en el campo del conocimiento. Por tanto, si no es ni la amoralidad, ni la inmoralidad, ni la hipocresía ni la novedad ética, el complemento de la seriedad ética, éste vamos a encontrarlo propiamente en la ligereza. Thomas decide examinarla a fondo. Recorre distintos ámbitos de la vida en los que rige la moral como las relaciones sexuales y el suicidio.

Por este camino llega al fracaso inmediato al constatar que alguna dosis de ligereza se hace incluso exigencia ética en no pocos aspectos de la vida. Además, la ausencia de atracción que la ligereza ha tenido siempre hacia los filósofos hace pensar que la ligereza atañe más a nuestra relación con la moral que a la moral misma.

Siendo la etapa más ardua de esta peregrinación, el autor llega a afirmar que la moral es un campo demasiado vasto y matizado como para que en ella puedan servirle los mismos métodos usados con la epistemología y la estética. Por tanto decide que abordar la seriedad en ética es caracterizar al hombre serio. El sentido personal de la seriedad que se apunta sugiere a su vez que cuando se busca la seriedad moral, hay que mirar menos las palabras que los gestos y los hechos. Sin mucha demora describe que es serio alguien que no falta a sus deberes, que se aplica en su trabajo, que cumple su palabra, que no le haría a nadie una mala jugada, que no bromea con las cosas importantes, y todo lo demás. Pero, ¿es éste un hombre serio, un escrupuloso o un riguroso? ¿Basta con que cumpla sus obligaciones o debe tener un objetivo? Si es concienzudo y responsable con sus elecciones ¿no importa cual sea el fin perseguido?... Entonces puede ser igual un ambicioso o perfeccionista. No nos sirve ni el concienzudo ni el ambicioso porque han alcanzado su fin. Nunca el serio pretende haber alcanzado su fin. Conclusión intermedia: el serio busca. Pero... al hallarse a la búsqueda el serio siempre remite más allá de sí mismo. Así la seriedad al no pararse en el hombre serio, no tiene su fuente en la moral, no es parte del carácter del hombre. Y de este modo abandona la aproximación ética.

Tierras movedizas en las que se zambulle al hablar sobre la relación de la seriedad y la fe religiosa. No faltan en esta etapa unos preparativos que se ofrecen como un paso de formas deficitarias de seriedad como eran lo fingido, lo cómico y lo ligero, a formas que el considera *demasiado serias*. Encabezando la lista de lo demasiados serio nos hallamos ante el fanatismo. Por lo ya dicho es evidente que no es el fanático el serio, ya que por ahora sólo sabemos de este último que es un buscador y el fanático vive entregado a una verdad ya encontrada. Pero no se queda ahí y llega a concluir que el que va siendo demasiado serio debería abstenerse de una participación en los campos que engendran fácilmente el fanatismo, como es el caso de la religión. Y aquí pone muy convencido el ejemplo de Simone Weill, no por fanática, sino por mujer demasiado seria que aun propagando la fe, se negó expresamente a ser bautizada.

Existe un vínculo esencial entre la seriedad y la fe, entre la revelación y la razón. La seriedad y la fe al mismo tiempo que se oponen, tienen una mutua necesidad una de otra, y todo intento de eliminar esta tensión es un fracaso. El creyente se separa del serio al apelar a una persona o a una cosa cuya autoridad no se deja discutir por él; y al dar una respuesta un poco demasiada pronta y segura a las cuestiones que le plantea el serio, recuerda a veces al ligero. El ateo tampoco es serio al negar *a prio-*

*ri* a la religión toda significación y su falta de seriedad se torna manifiesta cuando se sirve del ridículo contra la fe.

Tras estas reflexiones sobre la relación entre la seriedad y la fe, se acerca ligeramente a las religiones, afirmando cierta seriedad en las religiones de origen bíblico y una clara falta de seriedad en las religiones orientales ya que éstas enseñan que el mundo, el yo o ambos son fingidos y que la moral no tiene más que un valor relativo. Al contrario, en la Biblia lo fingido, lo cómico y lo ligero están ausentes al menos aparentemente. Y habla de apariencia, porque seguido retoma lo cómico para reconocer su presencia tanto en la Biblia como en la iglesia. También encontramos presente la ligereza, introducida por la benevolencia que deberá regir en cierto sentido el alma cristiana que se muestra despreocupada y no rígida.

Jesús tomó la Biblia en serio y se reveló bueno y tolerante, pero quizás tuvo también algo de fanático al morir en la Cruz. Con todo, está claro que fue un hombre serio. Como procediendo en espiral Thomas concluye esta etapa constatando que en cuanto que la fe ha encontrado lo que busca, mientras que la seriedad, en cuanto seriedad, busca todavía sus caminos divergen.

Y llegamos a la última etapa al pasar de la superación teológica a la fuente metafísica, que como el mismo título dice va a ser el fin de la búsqueda. El autor recorre esta etapa pisando sobre terreno muy conocido y llegando a conclusiones que se entreveían en las etapas anteriores. La primera constatación es el error de haber buscado la seriedad en un lugar, considerando que quizá la seriedad sea más bien algo que se hace y que se puede hacer donde sea, entonces será más un camino que un lugar. Vamos, que la seriedad atañerá esencialmente a un modo de acercarse que se adopte frente a las cosas. El serio es el filósofo que se ha formado para ello y que tiene ciertas cualidades morales y unos conocimientos positivos o históricos en sentido amplio. Después de haber hablado varias veces sobre la remisión hacia dentro de sí mismo que poseen ciertos ámbitos de la realidad, sólo queda reconocer que también el pensamiento la posee. Y así Thomas instala su fuente en la metafísica, como la capaz de fecundar la filosofía. Así, la seriedad filosófica es la dimensión trascendente del pensamiento pues es la relación metafísica, la que, al vincular todo a algo, lo supera esencialmente, le confiere seriedad. Y a partir de aquí Thomas intenta prudentemente explicarnos cuáles son las cualidades y categorías de la filosofía y la metafísica con relación a su condición de tierra fértil para lo serio.

Thomas nos ofrece por tanto una genuina obra filosófica, como dice Juan Miguel Palacios al escribir el prólogo. Varios cuadernos filosóficos que se convierten en una aventura para aquel que quiera unirse a su autor en la peregrinación tan particular que él hace. La invitación es al diálogo primero con el autor, después con todos aquellos a los que él evoca o más bien critica como Kierkegaard, Nietzsche, Descartes, Bergson o Sartre y por último con uno mismo que al recorrer esas etapas no puede evitar hacer su aportación de pensamiento sobre dónde encuentran la seriedad o qué persona es seria y cual no. El camino queda siempre abierto para contentarte con la conclusión y definición de la seriedad que hace el autor, o continuar la ruta y la búsqueda por otros caminos. Lo que es seguro es que el lector que se atreva a llegar al final agradecerá el esfuerzo realizado, la intrepidez del pensamiento que el autor nos ofrece compartiendo mucho de sí mismo.—INÉS OLEGA, aci.